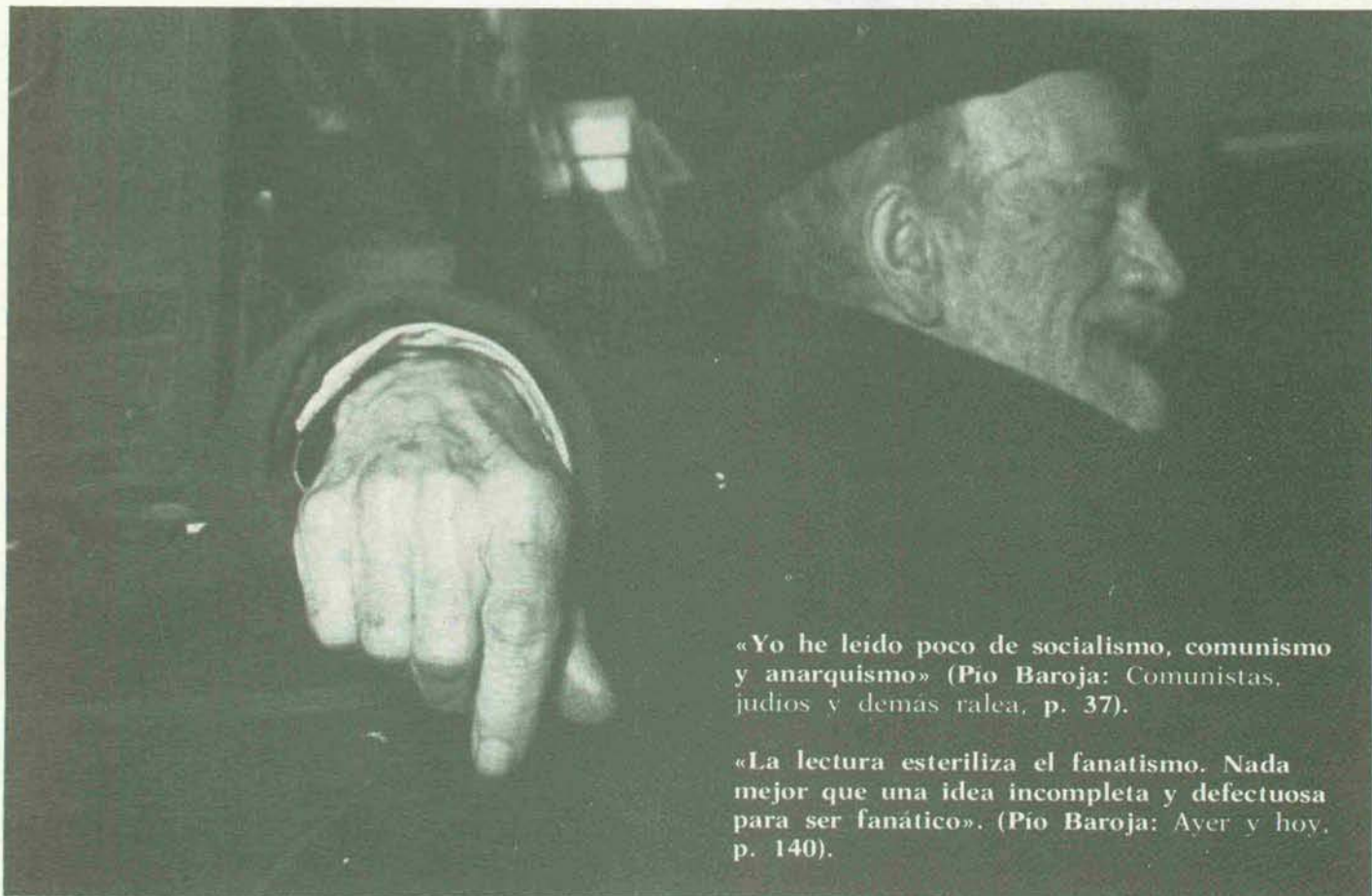


# Pío Baroja y la Guerra Civil española



«Yo he leído poco de socialismo, comunismo y anarquismo» (Pío Baroja: *Comunistas, judíos y demás ralea*, p. 37).

«La lectura esteriliza el fanatismo. Nada mejor que una idea incompleta y defectuosa para ser fanático». (Pío Baroja: *Ayer y hoy*, p. 140).

Según el autor del artículo adjunto, «los escritos de Pío Baroja —que rezuman una ilimitada hostilidad a la causa republicana— clasifican al novelista vasco entre los más preciados servidores de la causa franquista». Afirmación polémica que rebaten otros estudiosos barojianos.

A Herbert R. Southworth, maestro en el estudio de la Guerra Civil española.

Eutimio Martín

**E**N el Pen Club de París, durante la Guerra Civil española, Pío Baroja \* se interroga sobre la eventual adscripción a uno de los dos bandos en lucha:

*«¿Decidirse por un lado o por otro? Es difícil sin violentar el espíritu. ¿No decidirse ni por*

\* Sobre la vida de Pío Baroja, puede consultarse el artículo de Víctor Márquez Reviriego —publicado en el número 24 de **TIEMPO DE HISTORIA**— «Pío Baroja, veinte años más tarde».

*los unos ni por los otros? También es difícil desde el punto de vista práctico. ¿A dónde ir?» (1).*

No es nuestro propósito pedirle cuentas a Baroja por no haberse querido comprometer en el conflicto español. Ni queremos reprocharle tampoco la intervención, por omisión, que supone siempre en casos como éste, una no-

(1) *Ayer y hoy*. Santiago de Chile, Ercilla, 1939; pp. 56-57.

intervención. Nos guía únicamente en nuestro trabajo la intención de mostrar lo absurdo de la imagen de un Baroja «au-dessus de la mêlée». Tal comportamiento iría en consonancia con un carácter visceralmente independiente. Le basta a cualquiera con leer lo escrito por el novelista vasco antes, durante y después de la guerra civil para darse cuenta de que ni antes, ni durante, ni después de la

crisis bélica se mantuvo este escritor al margen del conflicto. Al contrario, si como él mismo muy bien dice «el tener un enemigo declarado es lo que mejor fija la posición de cada uno», no cabe duda alguna de que los escritos de Pío Baroja, que rezuman una ilimitada hostilidad a la causa republicana, lo clasifican a éste, sin la menor cavilación posible, entre los más preciados servidores de la causa franquista.

José Antonio Gómez Marín ha publicado en TIEMPO DE HISTORIA (2) un artículo, «Los fascistas y el 98», donde analiza «el fallido intento del fascismo español de rescatar para sus intereses el prestigio de la Generación del 98». «Lo que nos interesa —dice el autor— es intentar una explicación de los hechos que (...) nos

(2) TIEMPO DE HISTORIA, núm. 1, diciembre, 1974; pp. 26-39.

aclare en lo posible ciertas actitudes que a estas alturas pueden parecer poco claras por parte de los viejos maestros». Para Gómez Marín, si «no cabe duda de que don Miguel simbolizaba un tipo de pensamiento unitarista que coincidía, retóricamente al menos, con ciertas formas del ideario nacionalista de extrema derecha» y abastece «un cuadro bien aprovechable desde la perspectiva fascista»; si «Maeztu va perfilando un tipo de razonamiento político que contiene de hecho el grueso de las preocupaciones fascistas» de modo que «la 'recuperación' de Maeztu no era, pues, faena difícil»; si, en pago de la extraordinaria elasticidad de su espina dorsal, Azorín «iba a ser obsequiado con honores de momia sagrada y prestigiante» por la España franquista; Pío Baroja, en cambio, «bandeó como

pudo el temporal y sostuvo en lo fundamental su aséptica ejecutoria de hombre independiente» (el subrayado es nuestro). Ciertamente es que el articulista tropieza con una mancha susceptible de poner en entredicho la inmaculada independencia barojiana: el libro **Comunistas, judíos y demás ralea** que con la firma de Baroja se publica en el Valladolid nacionalista de 1938, pero descarga la responsabilidad en el «prologuista antólogo» de este «avevoso volumen»: Ernesto Giménez Caballero. Este texto fue únicamente «consentido por Baroja» y, de todas las maneras, «hoy, en general, se ha olvidado con justicia».

Si nos detenemos con cierto detalle en la posición de José Antonio Gómez Marín respecto a Pío Baroja es porque nos parece erróneamente ejemplar. Todos los intelectuales

PÍO BAROJA

COMUNISTAS  
JUDÍOS Y DEMÁS  
RALEA

PRÓLOGO DE  
E. GIMÉNEZ CABALLERO

EDICIONES RECONQUISTA  
VALLADOLID  
1938

A la hora de elaborar el «pliego de cargos» contra Pío Baroja, dos son los libros habitualmente manejados por sus «abogados del diablo»: «Comunistas, judíos y demás ralea» (Valladolid, 1938) y «Ayer y hoy» (Santiago de Chile, 1939), cuyas portadas originales reproducimos.

P I O B A R O J A

AYER Y HOY



EDICIONES ERCILLA  
SANTIAGO DE CHILE  
1939

tuales adscritos física, ideológica o sentimentalmente al bando republicano la comparan: un feroz falangista sin escrúpulos, Ernesto Giménez Caballero, acogotó al indefenso novelista obligándole a firmar un conjunto de textos sectariamente seleccionados de entre su obra. El pobre don Pío tuvo que ceder al chantaje si quería residir en España sin problemas.

Las nuevas generaciones de intelectuales españoles progresistas han heredado de los exiliados republicanos (3) la adhesión inquebrantable a un Baroja de izquierdas. Quizá, sobre todo, por considerar «anticlericalismo» y «progresismo» como términos de una igualdad.

Comencemos por examinar de cerca el asunto de la publicación de **Comunistas, judíos y demás ralea**, cuya responsabilidad parece recaer, por unanimidad (4), en el falangista

(3) Véase «Jaque y mate al cabecilla» (*España peregrina*, núm. 5, México, febrero, 1940, p. 226) donde Donoso Descortés (¿José Bergamín?) ataca a Giménez Caballero por el prólogo de marras pero no menciona para nada el contenido del volumen.

La emigración española ha defendido incondicionalmente a Baroja hasta su muerte considerándolo como uno de los suyos y protestando contra todo intento de anexión o persecución por parte del franquismo. Léase el «Homenaje a Pío Baroja» celebrado en el Ateneo Español de Méjico a la muerte del novelista (*Boletín de Información*, núm. 3-4, febrero-mayo, 1957, pp. 2 y ss.). En este mismo número hay una curiosa «Colaboración del interior» titulada «La venganza sobre don Pío» en la que se acusa al Ministerio de Educación Nacional español de haber asistido al entierro de Baroja mezclado al duelo... «en vez de ir en la presidencia».

(4) Tampoco el hispanismo extranjero parece dudar en absoluto de la responsabilidad exclusiva del Robinsón Literario. En el número extraordinario consagrado a Baroja por «Cuadernos Hispanoamericanos» (núm. 265-267, julio/septiembre, 1972), el prof. Peter G. Earle de la Universidad de Pensylvania se indigna:

«En 1938 el frenético Ernesto Giménez Caballero juntó una antología de los peores ensayos barojianos y los publicó (estando Baroja en destierro



Se ha escrito que fue Ernesto Giménez Caballero —fascista notorio, como comprobamos en la foto— el verdadero responsable de «Comunistas, judíos y demás ralea». Sin embargo, Baroja nunca se retractó del contenido de este libro, limitándose a mostrar su disconformidad con el título.

voluntario) con el título **Comunistas, judíos y demás ralea**» (pp. 75-76).

Se comprende fácilmente que en un tiro al blanco contra el fascismo español, Ernesto Giménez Caballero constituya la diana ideal. Pero su prosa, a veces delirante, afectada siempre de incontenible verborrea, incluso si puede parecer que entra de lleno en el terreno del psicoanálisis, no es menos necesaria para el conocimiento histórico del fascismo español. Así lo han reconocido Herbert R. Southworth, su más concienzudo historiador: «Sabía [E.G.C.] lo que era el fascismo y en sus obras consiguió una de las más claras exposiciones de esta doctrina». (*Antifalange*. Paris, Ruedo Ibérico, 1967; p. 63).

«Suscribo enteramente la opinión de Southworth», afirma, por su parte, Manuel Pastor en su excelente **Los orígenes del fascismo en España**, (Madrid, Túcar, 1975; p. 25).

Ernesto Giménez Caballero, que firma, a guisa de prólogo, un ensayo titulado «Pío Baroja, precursor español del fascismo». (No sin antes señalar la incongruencia que supone el hecho de cargarle toda la responsabilidad del contenido de una antología o selección de textos al seleccionador o antólogo eximiendo de toda culpa al propio autor).

Que nosotros sepamos, Baroja no se retractó posteriormente del contenido de este libro. Únicamente manifestó cierta disconformidad con el título:

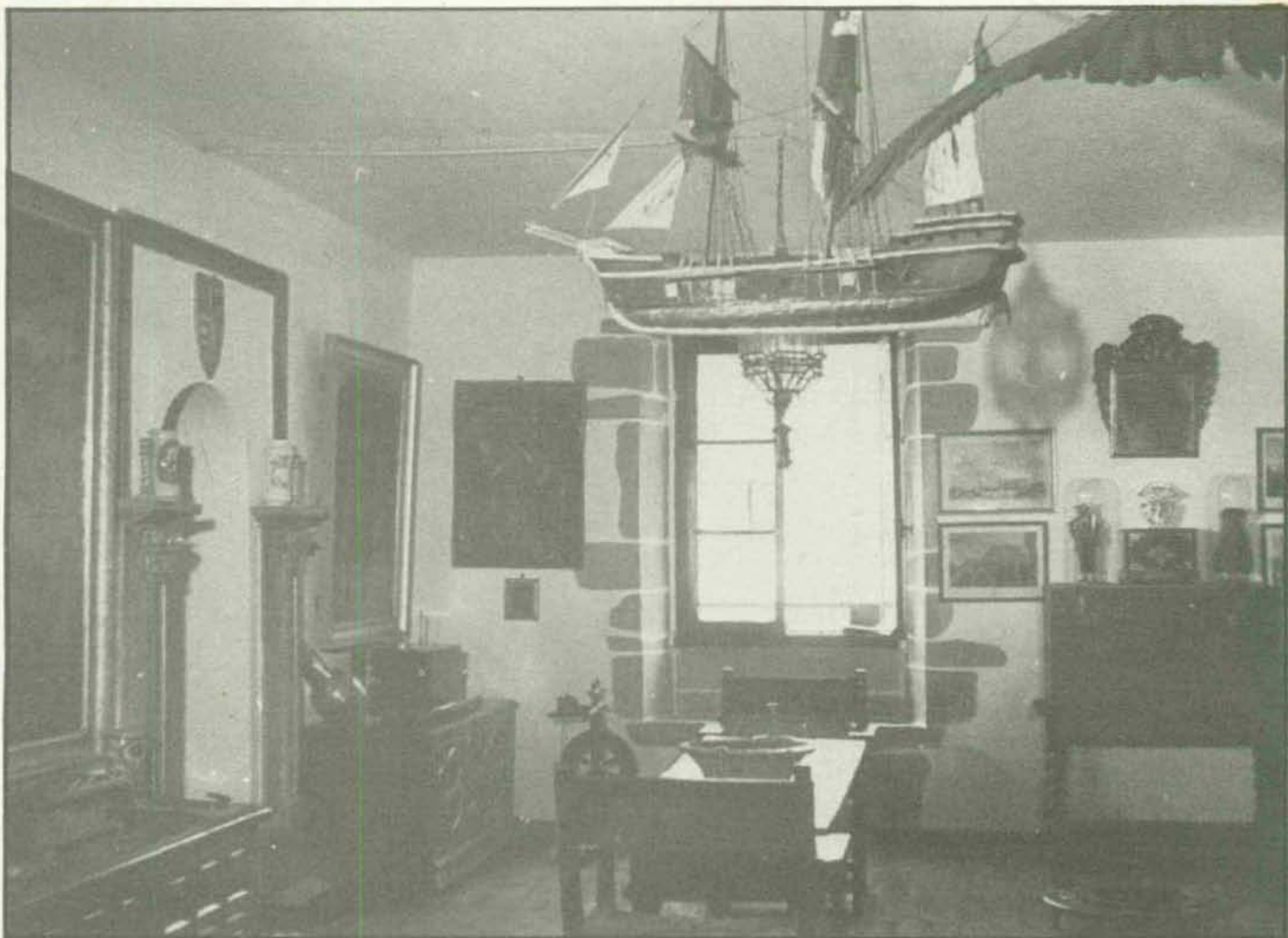
«Este título de la obra es lo que resulta algo detonante, pero no lo puse yo, sino el editor en Valladolid, en 1938» (5).

(5) Pío Baroja: **Aquí París**. Madrid, Colección «El Grifón», 1955; pp. 52-53. Tomamos la cita de H. Southworth, op. cit., p. 169. De ella se deduce que lo que le molesta a Baroja es la palabra «ralea». Este escrúpulo léxico nos parece totalmente injustificado de parte de un autor que escribe y propaga, sin pestañear, sandeces anticomunistas de este calibre:

«En la nueva ciudad rusa [Magnitogorsk] no existe la familia. Las palabras padre, madre, hijo, hija, hermano y hermana están prohibidas. Como consecuencia natural, el incesto se permite» (*Comunistas...*, p. 22).

Y que, en la más pura tradición de la extrema-derecha, amalgama anticomunismo y antisemitismo:

«Hace algunos años se publicó en Rusia el libro titulado 'Los Protocolos de los Sabios de Sión'. Nadie sabe quién ha escrito este libro, pero, evidentemente, ha salido de medios próximos al judaísmo. En esa obra se habla de la conquista del mundo por los hebreos (...). Este es, probablemente, el motivo por el cual la mayoría de los judíos de categoría son, expresa o tácitamente, partidarios del comunismo (...). El judío tiene un fondo de rencor contra Europa; considera que el europeo le ha ofendido y entra con placer en todo lo que pueda desacreditar nuestro continente. Así se le ve figurar en el teatro, en la novela y en el cine eróticos, en el cubismo, en las falsificaciones y en la legitimación del homosexualismo con Freud y sus discípulos (...). El sentimiento de la raza hace que los judíos vean en el comunismo su venganza y la posibilidad de su triunfo



Desde su casa de Vera de Bidasoa (una de cuyas habitaciones principales vemos), acudió Baroja a Salamanca con el fin de asistir a la constitución del Instituto de España. Y allí juró fidelidad al «Nuevo Orden» franquista, acatando sus principios fundamentales.

(...). De ahí esas consignas de crueldad brutal que ha mandado Rusia a los rojos de España. El comunismo ruso, casi siempre judío, ha querido comprometer a sus camaradas españoles, incitándoles al crimen, para que de esta manera no se puedan volver atrás». (*Idem*, pp. 67-69).

*Difícilmente Goebbels y Streicher juntos hubieran podido mejorar esta prosa. De todas las maneras, si Baroja dio al libro siguiente, Ayer y hoy, un título menos espectacular, no hizo más que transvasar la misma ideología ultrarreaccionaria:*

«Yo, en un artículo publicado hace dos o tres años, decía que una prueba de que no había habido revolución en España al advenimiento de la República era el que no hubiesen salido a la superficie los locos, los esquizofrénicos y paranoicos sanguinarios que aparecen en las revoluciones. Efectivamente, hasta entonces no se habían puesto de manifiesto más que el doctrinarismo y la pedantería. Ahora ya han brotado los vesánicos y los locos y se han puesto a flote. Es prueba clara de que la revolución está funcionando.

Respecto a los ímpetus sociales sub-

Como es norma en estos casos, escuchemos primero el testimonio del principal encartado: Ernesto Giménez Caballero. En respuesta, precisamente, al artículo de José Antonio Gómez Marín, el líder falangista da la vuelta a la tortilla: fue de él, Giménez Caballero, de quien se sirvió el responsable de la edición para acentuar la orientación ideológica del texto:

*«Se me acusa de haber yo compilado y prologado el libro de Pío Baroja, Comunistas, judíos y demás ralea (...). Lo que me causa ahora*

*versivos, es indudable que hay en todos ellos un fermento judaico. Lo ha habido siempre. En la protesta rencorosa contra la civilización aparece el judaísmo en forma de masonería, de comunismo o de anarquismo»* (pp. 163-4).

*tanta risa como emoción cuando descubriera tal libro estando en el frente con la IV de Navarra... Recuerdo que, apenas pude, fui a saludar a don Pío en Vera y agradecerle la honra que para mí significaba haber utilizado de prólogo, un ensayo por mí publicado en la revista «JONS», en su número 8, por el otoño de 1933, y que le enviara. Baroja me respondió que lo había editado Ruiz Castillo, el de «Biblioteca Nueva» (...). Escribí a Ruiz Castillo, pero no me contestó. Sin duda creyó prestar un buen servicio a Baroja por 1938, cuando su vuelta a España provocara ciertas reacciones.»*

Y Giménez Caballero insiste:

*«Resulta ridículo que hubié-*

ramos podido nada menos que compilar un libro suyo, y en vida suya, y con la vigilancia inexorable de Julito, su leal y sabio sobrino. ¡Buenos nos hubiera puesto don Pío! (...). Por el contrario, en sus «Memorias» de 1944 a 1945 reproduce, con simpatía y afecto, cuanto uno escribiera sobre él.»

Parecen, pues, coincidir, autor y prologuista, en atribuir al editor la responsabilidad directa de la publicación del libro.

Pero lo que excluye la hipótesis de la «confección» del libro por Giménez Caballero es el párrafo siguiente, en modo alguno encaminado a su propia defensa:

«Tal libro, publicado en 1938, contenía, según su página 2, 'Cuatro artículos publicados antes de la guerra actual; los siguientes han sido escritos después' (es decir, entre 1936 y 1938).» (6).

En efecto, en nota a pie de página (17, de nuestra edición) se lee el entrecomillado transcrito por Giménez Caballero. Pero al tomarlo éste al pie de la letra prueba que no ha leído atentamente el volumen y mucho menos, claro está, que lo haya preparado él mismo puesto que, de las dos partes de que se compone el libro en cuestión, la segunda, «Páginas para una antología de actualidad», no aporta ningún texto posterior a 1936. Esta nota puede corresponder a una primera intención del responsable de la edición que, con las prisas, debió olvidarse de eliminarla en la versión definitiva.

El prólogo «Pío Baroja, precursor del fascismo», por estrambótico que pueda pare-

(6) A. B. C. (10/1/75), reproducido por **TIEMPO DE HISTORIA**, núm. 3, febrero, 1975, pp. 129-30, de donde lo tomamos nosotros.

## SPANISH LIBERALS SPEAK on the COUNTER-REVOLUTION IN SPAIN

NICETO ALCALÁ ZAMORA  
ALEJANDRO LERROUX  
GREGORIO MARAÑÓN  
MIGUEL DE UNAMUNO  
PÍO BAROJA Y NESSI

Translated, Edited, and Published by the  
SPANISH RELIEF COMMITTEE  
San Francisco, California  
MCMXXXVII

«Ha sido algo feo, repulsivo, deletéreo, como si hubieran reventado las letrinas de la ciudad, infectando el aire con sus miasmas», escribió Baroja en «Ayer y hoy», refiriéndose a la II República, de la que el período del Frente Popular —simbolizado por la imagen de la página contigua— fue objeto de sus aún más acervas diatribas. Textos así serían aprovechados por la propaganda franquista para la edición de folletos similares al que aquí figura.

cer, no deja de transparentar una indudable admiración por Baroja, que no parece desagradable al interesado:

«En Vera me visitaron algunos jóvenes falangistas y me preguntaron:

—¿Y usted no va a escribir en

España algo sobre el momento actual?

—Pero ¿no estamos desprestigiados, según ustedes, los escritores de esa supuesta generación del 98?

—Para nosotros no. ¿Usted no ha leído un artículo de Giménez Caballero titulado

Un precursor del fascismo:  
Pío Baroja?

—Sí, me lo mandó hace tiempo. Yo no me creo un precursor español del fascismo, pero es posible que haya sentido o presentado esa doctrina política como motivo literario.

—Una de las cosas que dice Giménez Caballero es ésta: «Baroja expresa en literatura hacia 1910 lo que Mussolini comienza a realizar en la acción diez años más tarde».

—No me hago ilusiones de ser tan importante. Además ya sabemos que imaginar no es hacer, y en política lo difícil es hacer.»

El propio novelista nos refiere, con mal disimulada satisfacción, que no sólo Giménez Caballero sentía simpatía por él. Seguimos leyendo:

«Por cierto, que también Ledesma Ramos, que fue el primero que proyectó en España el partido nacional-sindicalista, me leyó su plan en mi casa de Madrid antes de publicarlo.

—Y ¿qué le pareció a usted?

—Entonces no me pareció viable, la verdad. Porque yo le decía: ¿Pero usted sabe si hay gente que va a aceptar este programa? No —me contestaba él— pero la gente vendrá. Ha leído uno tantos proyectos de esa clase que quedan en embrión, que aquel me pareció uno más.

—Pues ese se desarrolló.

—Sí, es verdad.

—Así es que, si no el padre, es usted abuelo del fascismo español, es decir, de la familia y, como persona de la familia, que le conste que en la Falange no ha habido, ni hay hostilidad contra usted. Si usted escribe algo, se publicará y se leerá con atención entre nosotros.»

Más adelante veremos que los falangistas mantuvieron su promesa. Este artículo a que nos estamos refiriendo, «Expectación», y que constituye el capítulo VIII del libro, fue escrito probablemente en Vera hacia el último trimestre de 1937, cuando, recién llegado de Francia, tenía pensado quedarse en su país:

«Era cómodo quedarse allí [en París] indefinidamente; pero le faltaba a uno el aire, el paisaje, la familia, el habla, la discusión, es decir, la patria» (7).

En el mismo artículo habla Baroja de los tres momentos históricos que han precedido al actual de la guerra civil:

«El primero (...) la Monarquía (...) era como un escenario en donde el pueblo, no sólo no intervenía, sino que ni siquiera hacía de coro. El pueblo era sólo espectador. Vino después la Dictadura de Primo de Rivera (...) que no llamó al pueblo, no se unió a él y su gobierno, de cuarto cerrado, fue desgastándose y perdió todo el prestigio.

En el advenimiento de la República intervino evidentemente una gran parte del pueblo; pero fue la parte ambiciosa, arrivista, que veía en la política una manera de medrar (...). Esta última época ha demostrado lo que muchos hemos creído: que el

(7) *Comunistas...*, pp. 93-94 y 97.



*parlamentarismo no es fecundo. (...) A su lado la Dictadura puede ser una salvación. Dependerá del país y del hombre.»*

Y a renglón seguido, el modelo de país que Baroja propone para España es la Alemania nazi, ya que:

*«Todo está allí para el pueblo y, naturalmente, el pueblo está entusiasmado con un régimen de esa clase (...). La aristocracia de allí va desapareciendo y la burguesía también; todo se hace en beneficio del que trabaja: del ingeniero, del mecánico, del labrador, del obrero, del pequeño empleado, de la criada de servir. Las grandes propiedades se acabaron y los municipios han tomado de ellas para parques, para jardines escolares o para caminos lo que han necesitado, sin indemnización alguna. (...) Ciertamente que no hay allí mítines, ni manifestaciones, ni se canta la Internacional, ni hay banderas rojas; pero la vida está más colectivizada que en parte alguna.»*

De Vera acude Baroja a Salamanca a la constitución del Instituto de España (aunque Burgos fuera oficialmente la capital de la España nacionalista, de hecho lo era entonces Salamanca). El Instituto de España está entonces reconstituyendo las Reales Academias Españolas. Baroja es académico numerario de la Lengua desde mayo de 1935. Pero para que la España nacionalista le confiera validez a su título, el interesado debe jurar fidelidad al «Nuevo Orden». La ceremonia tiene lugar conforme a un ritual típicamente fascista. Sobre una mesa donde se hallan abiertos los Evangelios y el «Quijote», el académico que quiere ver ratificado su nombramiento ha de prestar el siguiente juramento:

*«¿Juráis en Dios y en vuestro ángel custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de su tradición viva; en su catolicidad que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad representada por el Caudillo, salvador de nuestro pueblo?» (8).*

En 1938 está de vuelta en París, donde coincidiendo con la aparición de «Comunistas, judíos y demás ralea», en Valladolid, da el último toque al manuscrito de *Ayer y hoy* (9), listo para la publicación desde hace un año. En la *Advertencia* que precede al texto, Baroja habla de «esta serie de artículos y de pequeños ensayos que (...) versan alrededor de la guerra actual y de la política y de la vida española».

Para respetar la cronología de la escritura comenzaremos la lectura de este libro por el capítulo II, no en balde titulado «Preámbulo». Está tan reciente la marcha precipitada del autor, huyendo de un carlismo nada tranquilizador que todavía le «tiembla la pluma entre las manos» y tiene que «dictar el párrafo». En verdad que de buena se ha librado. Había ido en compañía de un par de amigos a ver de cerca una columna carlista y mientras que en Vera, su

(8) A. B. C. (17/12/1939), reproducido por *España peregrina* (núm. 1, febrero, 1940; p. 31).

En el prefacio de la ed. XVI del *Diccionario de la Lengua*, fechado en 1939, se advierte que si, contra la costumbre, no figura al comienzo del volumen la lista de los académicos, es porque muchos de éstos no han prestado todavía el juramento de rigor.

(9) Pío Baroja: *Ayer y hoy*. Santiago de Chile, Ercilla, 1939. La importancia de este libro es capital para nuestro propósito porque con él no puede aducirse ni precaución ni presión alguna sobre Baroja.

Permitásenos agradecerle al historiador norteamericano Herbert R. Southworth la generosidad con que nos ha permitido no sólo consultar este libro, sino toda su rica biblioteca. Igualmente preciosas nos han sido sus sabias indicaciones.

pueblo, había podido charlar tranquilamente con un grupo de ellos, ahora, un energúmeno en uniforme le obliga, a punta de pistola, a salir del coche. «Este es el viejo miserable que ha insultado en sus libros a la religión y al tradicionalismo», le oye decir. Por suerte todo queda en unas horas de cárcel, pero Baroja no tiene ninguna gana de repetir la experiencia y, tan pronto se ve libre, se presenta, sin documentación de ninguna clase, en la frontera donde un aduanero, comprensivo, lo reconoce y lo deja pasar a Francia. Es lógico que se interrogue el autor, en primer lugar sobre el origen de la violencia que él mismo ha tenido ocasión de degustar. Sin titubear, Baroja la considera como una prolongación natural de la violencia republicana cuando:

*«Socialistas y fascistas se atacaban a traición y dejaban a cada paso cadáveres en las calles. Las milicias socialistas actuaban como autoridades, con permiso del Gobierno y registraban a los paisanos, como si fueran de la policía. La excitación entre los fascistas era terrible. Su sociedad se iba convirtiendo en algo así como la antigua «mafia» o camorra napolitana. El gobierno del Frente popular protegía a los suyos de una manera arbitraria y hasta cínica. Muchas veces, después de un crimen en el que había caído algún fascista, se prendía como autores a los compañeros de éste. Yo no digo que en un régimen fascista no ocurriría lo mismo; pero, aunque así sea, un poder como éste es un poder de taifa y no de un país civilizado. Los jóvenes fascistas y los socialistas milicianos hacían alarde en Madrid de su chulería. Esta chulería, en los señoritos, era natural y le-*



En tres novelas de Pío Baroja la acción transcurre, en parte o totalmente, durante la guerra civil española: «Susana y los cazadores de moscas» (1938), «Laura o la soledad sin remedio» (1939) y «El cantor vagabundo» (1950), siendo en esta última donde el escritor vasco explicita de manera más directa sus fobias particulares.

*gendaria. Una consecuencia de sus ideas de caballerosidad degenerada. En los socialistas era muestra clara de que, si las ideas cambian fácilmente, no sucede esto con los instintos ancestrales.»*

Apenas velada aparece aquí la tesis barojiana: la responsabilidad primera de la violencia que anega a España incumbe al Gobierno republicano en cuanto tal y, en consecuencia, la violencia blanca —o azul— no es sino una manifestación, todo lo exacerbada que se quiera, de legítima defensa. Ello equivale en último término a hacer responsable a la República de la rebelión militar.

Pero antes de abandonar este capítulo no queremos dejar pasar por alto el párrafo siguiente:

*«En esta revolución se dan fenómenos curiosos. Los nacionalistas vascos, principalmente católicos, se unen con los socialistas y los comunistas antirreligiosos, los carlistas van de brazo con los fascistas, medio socialistas.» (El subrayado es nuestro.)*

De estos dos párrafos aducidos por ahora se desprende ya (y el resto del libro lo confirmará) que el peso de sus prejuicios y su aplastante incultura política (10) le inhabilitaban a Baroja para hablar de

(10) Baroja se toma en serio el «socialismo» falangista, y ésta es sin duda la razón de la antipatía que le manifiesta a veces a la Falange. Así es como no comprende la lucha de «sindicatos de la Falange Española contra sindicatos de la C.N.T.» (p. 25).

En la p. 98 leemos: «Los falangistas y los comunistas son partidarios de la repartición de la tierra y de la propiedad y en su programa hay muchas cosas comunes. Tampoco impide esto para que se maten». Recomendamos al lector el capítulo VI, con la sabrosa teoría de la lucha entre «la acrópolis» y «la hipópolis» que, según el autor, explica la lucha entre Monarquía y República; la guerra civil y el separatismo español.



la guerra civil con conocimiento de causa, es decir, con objetividad o independencia y que, puesto a hacerlo, a pesar de todo, no podía por menos de mostrarse favorable a la causa fascista:

*«En una época así, tan bárbara y tan bestial, vale más un tirano que cien mil. Con un tirano, quizás se pueda vivir y discernir; con cien mil, imposible» (p. 18).*

*«No creo que sea raro que un hombre como yo desee que aparezca el domador de esas bestias feroces, y que lo haga, no como el legendario Orfeo, con la lira en la mano, sino*

*con el filo de la espada» (p. 44).*

*«(...) Entre volver a una autoridad rígida y violenta, o al capricho cruel y bestial de las masas, yo prefiero lo primero» (p. 86).*

El sentimiento antirrepublicano de Baroja no se para en barras. El era ya antirrepublicano antes de proclamarse la República:

*«Meses antes de la caída de la Monarquía, yo era de los pocos escritores liberales (sic), quizá el único, que no creía que la República fuera la salvación de España, más bien creía lo contrario» (p. 13).*

Para Baroja, la República, por el mero hecho de serlo, llevaba implícita una revolución con su obligada secuela de «violencia y de sangre» y una España ardiendo «de un extremo a otro».

Durante el verano de 1936, le declara al periodista americano que viene a entrevistarle a San Juan de Luz:

*«Al advenimiento de la República (...) el país comenzó a excitarse (...). Hoy ha llegado al paroxismo (...).*

*—¿De dónde nace esta violencia?*

*—Debe haber alguna cosa de predominante en la raza (...).*

*—Así, según usted, esta violencia actual, ¿es una violencia ancestral?*

*—Así lo creo (...). Vea la política del Frente Popular. Yo creo que es poca cosa. En Francia hoy esa política es una de las numerosas fases de su historia que le permite seguir su vida. En España provoca una guerra civil (...)*» (p. 25).

Es, pues, la irracionalidad racial despertada por el sistema republicano, la causa principal del conflicto español. Es cierto que:

*«Se ha hablado mucho del latifundio en nuestro país, pero la realidad es que el latifundio no existe más que en las comarcas españolas de clima seco. (...) Es decir, que no es la organización política la que produce el latifundio: es el clima.*

*¿Hay feudalismo en España? No creo (...).*

*¿Se puede decir que la Iglesia ha favorecido a la clase adinerada? Sí se puede decir. En España como en todo el mundo (...).*

*Lo que sí se puede decir es que los motivos que se aducen para explicar la revolución española y la sublevación de*

## LA NOVELA\*CORTA

PIO BAROJA

2

PESETAS



Número  
extraor-  
dinario

## UN DANDY COMUNISTA

Mientras Baroja vivió, y pese a que su narrativa había entrado en un período final de franca decadencia, no hubo en España autor más solicitado para ediciones populares. Así, al crearse en 1949 la serie «La novela corta», es el novelista vasco quien la inaugura. («Un dandy comunista», cuya portada vemos, haría el número 51 de dicha colección.)



Los falangistas fueron hombres de palabra con Pío Baroja: estimado por ellos como cumbre de la narrativa española junto con Cervantes y Galdós, se convertiría en el «patriarca indisputado» de los «azules» aprendices de novelistas, que acudían con frecuencia fervorosa a su casa de la madrileña calle Ruiz de Alarcón.

*Franco no son tan sencillos como se quiere hacer creer y que entre estos motivos hay más impulsos irracionales que racionales, más vanidad que espíritu de justicia, más rencor que deseo del bien» (p. 82).*

Sobre las causas tanto irracionales como racionales, todas ellas imputables directamente a la República, se explica Baroja particularmente en los capítulos XII y XIII. La derecha, herida psicológica y materialmente por la República, no hizo más que defenderse y fue así obligada al golpe de Estado:

*«Yo creo que lo que ha producido la terrible situación que arruina a España ha sido en gran parte una cuestión de orgullo y de vanidad. (...) Toda su [del Gobierno republicano] política insensata fue irritar al vencido. No veía que, mientras aumentaba sus manifestaciones de acritud y de despotismo, gran parte de España se iba encolerizando*

*de tal modo que su cólera, al fin, ha tenido que reventar de alguna forma (...).*

*A los industriales el Gobierno los ha acogotado (...).*

*A los propietarios de fincas rústicas, el Gobierno, últimamente los ha perseguido (...)*» (11).

En conclusión: **«El fascismo ha sido después el contragolpe del marxismo»** (p. 162).

A la hora de enjuiciar las reivindicaciones laborales o las luchas sociales de la República, Baroja hace gala del más despectivo sarcasmo:

*«Las exigencias de la C.N.T. en el ramo de la construcción eran cómicas. Semanas de cuarenta horas. Jornal mínimo del peón de albañil, 16 pesetas. Si la mujer del obrero*

(11) *El odio visceral que Baroja siente por la República, le arrastra a la contradicción más flagrante en el espacio de breves líneas:*

*«Nuestra revolución ha sido una revolución de ateneístas. Ateneístas en España es sinónimo de doctrinario, de incomprensivo y de pedante. Todas las reformas han quedado en el papel». (El subrayado es nuestro.)*

*quedaba enferma o de parto, el patrono pagaría los gastos (...).*

*Podían haber añadido que era obligatorio en el patrono llevar el chocolate a la cama a los obreros, hacer la colada y divertir a los niños de los «cámaradas» (pp. 137-8).*

O bien, pone de manifiesto el racismo provinciano más ramplón:

*«Hace un año pasé con un amigo por Carmona en automóvil. Nos detuvimos a tomar gasolina y al hombre que manejaba la bomba de la esencia le preguntamos:*

*—¿Qué tal por aquí? ¿Hay huelga?*

*—Sí, hay una huelga de la gente del campo; parecía que estaba arreglada, pero ahora hay la cuestión de si el tiempo que se tarda en ir a la besana tiene que entrar en las ocho horas de trabajo o no.*

*—¿Y la tierra está muy lejos?*

*—No; cinco o diez minutos del centro del pueblo.*

*—¿Y por cinco o diez minutos no se trabaja?*

—Por eso; sí, señor.

*La gente, sobre todo en el Sur, tiene ya la idea de que el trabajo es una maldición»* (p. 147-8) (12).

El juicio definitivo que a Pío Baroja le merece la República, no admite réplica:

*«(...) Ha sido algo feo, repulsivo, deletéreo, como si hubieran reventado las letrinas de la ciudad, infectando el aire con sus miasmas»* (p. 119).

«Su repertorio ideológico —decía, en vísperas de la guerra civil, Gregorio Marañón hablando de Pío Baroja— podrá ser aceptado o no, pero hay que descubrirse ante su integridad». Estamos totalmente de acuerdo con el doctor Marañón: al autor de «Zalacain» podrá reprochársele cualquier cosa, menos falta de coherencia en lo que a enemistad por la República y los valores por ella defendidos se refiere. El contenido de **Ayer y hoy** no sorprenderá sobremedida a quien conozca ya el conjunto de discursos y ensayos pronunciados, escritos y publicados en el período republicano bajo el título de **Rapsodias** (13). Una misma ideología, igualmente reaccionaria, exponen ambos libros. Hasta contra la política

(12) El artículo (del que este ejemplo forma parte) fue publicado por primera vez en **La Esfera** de Caracas (3/1/1937) y, junto con otro más del mismo estilo, fue utilizado por la propaganda franquista en un folleto destinado al público de habla inglesa: **Spanish liberals speak on the counter-revolution in Spain**. San Francisco, California. Translated, edited and published by the Spanish Relief Committee, 1937; 31 p. Entre los trozos omitidos figura curiosamente esta anécdota.

(13) Este libro fue lanzado al público por Espasa Calpe de Madrid en enero de 1936, en pleno apogeo de la campaña electoral del Frente Popular. **A. B. C.** (25/2/1936) lo reseñó elogiosamente —a pesar de los reproches de antirreligiosidad—, junto con otro libro titulado «*Gil Robles, la esperanza de España*».

educativa de la República se arremete en ellos ya que:

*«La idea de la igualdad en la educación es consecuencia de las utopías modernas de los derechos del hombre y de otras proposiciones sentimentales poco científicas»* (p. 35).

Ningún reparo tiene el académico Baroja en presentarse ante sus colegas afirmando:

*«En casi todas las familias de la clase media, a consecuencia del individualismo de la época, existía la idea de que el porvenir de sus hijos estaba en las profesiones liberales, es decir en las carreras. Se rompía con esto la continuidad de la profesión familiar, tan característica de otros tiempos y, sobre todo, de la Edad Media. Desde la mitad del siglo XIX había comenzado la producción exagerada de licenciados y de doctores. Después ha tomado proporciones absurdas y monstruosas (...). La afluencia de todo el mundo a las Universidades, Facultades, seminarios y escuelas especiales nos ha permitido ver en este último tiempo abogados de cobradores de tranvía, ingenieros de mecánicos en los garages y médicos y curas de guardias de Asalto»* (pp. 41-2).

Ni se da cuenta de la contradicción en que incurre más adelante, cuando habla de su nombramiento de «médico de Cestona» por presentarse «solo al concurso».

Hasta los maestros de escuela son blanco de su diatriba:

*«Mucha de la intransigencia, de la crueldad y de la pedantería de los jóvenes actuales procede de la campaña de los maestros de escuela que han propagado el comunismo»* (Ayer y hoy, p. 161).

La disconformidad y violencia crítica barojiana le ha sido frecuentemente imputada a

su pretendido fondo de insoportable anarquismo. Nosotros, la verdad, no le vemos este fondo por ninguna parte, ni referido a la práctica libertaria ni con relación a la teoría. Oigámosle comentar las reformas penitenciarias de García Oliver:

*«El ministro de Justicia actual, anarquista o ex-anarquista, García Oliver, impulsado por su doctrinalismo humanitario, piensa que hay que tratar a los criminales como víctimas de la sociedad y llevarlos a vivir a ciudades penitenciarias cómodas, donde haya teatros, cinematógrafos, bailes, etc. Con este sistema los criminales serían los privilegiados y sería una excelente carrera matar a alguno para llevar una vida agradable»* (Ayer y hoy, p. 119).

¿No se coloca Baroja en los antipodas de la ideología anarquista al decir: «**Nunca he podido suponer una armonía colectiva más que con la autoridad, es decir, con la violencia**»? (**Rapsodias**, p.54).

Precedida esta afirmación de la confesión siguiente:

*«Yo tenía en la juventud cierta rebeldía; pero era más bien una rebeldía forzada que otra cosa. No he pensado espontáneamente en ser rebelde por gusto. La rebeldía no me ha agradado nunca, me ha parecido vanidad y presunción. Soy más partidario de la disciplina; pero cuando la extravagancia y el capricho reinan, la rebeldía salta sin querer»* (p. 40),

no es difícil, cuando se sabe lo que nuestro autor entiende por «extravagancia y capricho», orientar la rebeldía barojiana en su legítimo sentido: la contrarrevolución.

En tres novelas de Pío Baroja la acción transcurre, en parte

o totalmente, durante la guerra civil española. Son, por orden cronológico: **Susana y los cazadores de moscas** (1938), **Laura o la soledad sin remedio** (1939) y **El cantor vagabundo** (1950). El escenario de las dos primeras es casi exclusivamente París, y las alusiones al conflicto español no van más allá de meras referencias a las «atrocidades republicanas» (14). Pero en el medio centenar escaso de páginas de la tercera volvemos a encontrar al Baroja desencadenado de sus más inspirados momentos. Las fobias de Baroja se concentran en el personaje apodado «El Cornejo», hasta desahacerlo. Juzgue el lector: este comunista, de ascendencia judía, es «la quinta esencia de la brutalidad, del egoísmo, de la

(14) *No hemos leído las ediciones originales. Nos hemos tenido que contentar, para estos títulos, con las **Obras Completas** (?) de Biblioteca Nueva.*

soberbia y de la estupidez»; es «su cara mixta de rata y mona», ladrón, delator y criminal sádico. Descubierta, al final, cuando la situación política cambia por «algunos a quienes él había denunciado y que pudieron salvar la piel (...) le tiraron a un pozo y echaron encima un montón de piedras». Para remate de fiesta, el autor le endosa a este desgraciado personaje el epitafio siguiente: «Poca gente supo su final, y de los que lo supieron, seguramente no lo sintió nadie».

Los falangistas fueron hombres de palabra con Pío Baroja. «Aducido siempre como el tercer grande de la novelística española —Cervantes, Galdós, él—» (15), se convirtió en el «patriarca indisputado» de

(15) *J. M. Martínez Cachero: **La novela española entre 1939 y 1969**. Madrid, Castalia, 1973; p. 129.*

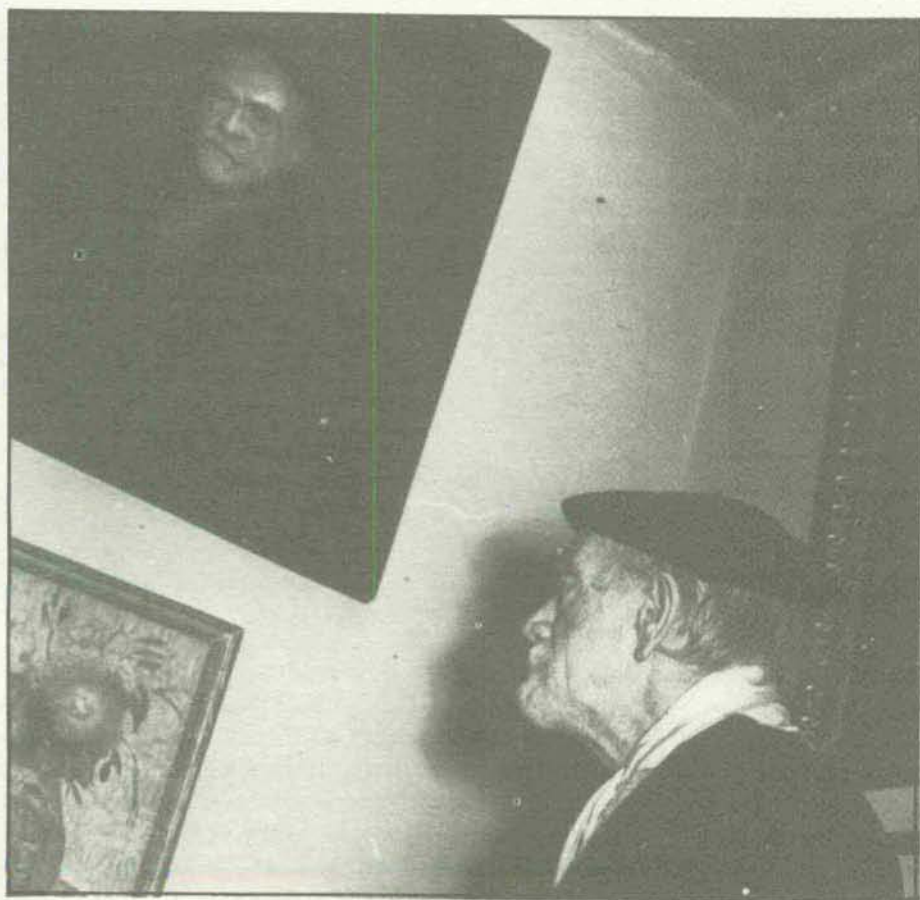
los «azules» aprendices de novelistas que, como Camilo José Cela o José Luis Castillo Puche, acudían con frecuencia fervorosa a su casa de Ruiz de Alarcón.

Mientras vivió, y a pesar de haber entrado su narrativa en un período final de franca decadencia, no hubo en España autor más solicitado para ediciones populares. Cuando, a finales de 1949, se crea la serie «La novela corta», es Baroja quien la inaugura. **Un dandy comunista**, que lleva el número 51 de la colección, es su sexta contribución, doble que ningún otro colaborador, aunque se llame José María Pemán. Es también Pío Baroja el que inaugura, en 1952, una nueva colección del mismo tipo: «Novelistas de hoy». Se le encuentra también en «La novela del sábado» de idénticas características.

Igualmente acogedoras se le muestran las revistas dirigidas por falangistas, como «Escorial» o «Índice». Esta última, en el balance de 20 años de actividad, llega a la conclusión de que «Baroja es el autor al que «Índice» dedicó más páginas» (16). Falangistas son una buena parte de los autores de los artículos recopilados por el también falangista J. García Mercadal para su «Baroja en el banquillo», de donde sale el novelista «absuelto con todos los pronunciamientos favorables». Tal es la «sentencia» emitida en la Presentación por el propio antólogo.

A pesar de su radical anticlericalismo, la imagen de un Baroja inconformista y rebelde no resiste a la lectura de sus propios escritos a cuya luz se revela, sin equívoco, como uno de los autores españoles de ideología más profundamente reaccionaria. ■ E. M.

(16) *Índice*, núm. 200-203, agosto-noviembre 1965, p. 85.



«A pesar de su radical anticlericalismo —señala Eutimio Martín—, la imagen de un Baroja inconformista y rebelde no resiste a la lectura de sus escritos a cuya luz se revela, sin equívoco, como uno de los autores españoles de ideología más profundamente reaccionaria.»